

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!  
¡Qué muda la virtud por el prudente!  
¡Qué redundante y llena de ruido  
Por el vano, ambicioso y aparente!  
Quiero imitar al pueblo en el vestido,  
En las costumbres solo á los mejores,  
Sin presumir de roto y mal ceñido.  
No resplandezca el oro y los colores  
En nuestro traje, ni tampoco sea  
Igual al de los dóricos cantores.  
Una mediana vida yo posea,  
Un estilo comun y moderado,  
Que no lo note nadie que lo vea.  
En el plebeyo barro mal tostado  
Hubo ya quien bebió tan ambicioso  
Como en el vaso Múrinó preciado;  
Y alguno tan ilustre y generoso,  
Que usó como si fuera plata neta,  
De cristal trasparente y luminoso.  
Sin la templanza ¿viste tú perfeta  
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada  
Como sueles venir en la saeta,  
No en la tonante máquina preñada  
De fuego y de rumor; que no es mi puerta  
De doblados metales fabricada.  
Así, Fabio, demuéstrame cubierta,  
Su esencia la verdad, y mi albedrío  
Con ella se compone y se concierta.  
No te burles de ver cuánto confío,  
Ni al arte de decir, vana y pomposa,  
El ardor atribuyas de este brio.  
¿Es por ventura ménos poderosa  
Que el vicio la virtud? ¿Es ménos fuerte?  
No la arguyas de flaca y temerosa.  
La codicia en las manos de la suerte

Se arroja al mar, la ira á las espadas,  
Y la ambicion se rie de la muerte.  
Y ¿no serán siquiera tan osadas  
Las opuestas acciones, si las miro  
De más ilustres genios ayudadas?  
Ya, dulce amigo, huyo y me retiro  
De cuanto simple amé; rompi los lazos.  
Vén y verás al alto fin que aspiro,  
Antes que el tiempo muera en nuestros  
[brazos.

LUIS DE GÓNGORA

ROMANCES.

I.

Servia en Orán al Rey  
Un español con dos lanzas,  
Y con el alma y la vida  
A una gallarda africana,  
Tan noble como hermosa,  
Tan amante como amada,  
Con quien estaba una noche,  
Cuando tocaron al arma.  
Trescientos Cenetes eran  
Deste rebato la causa;  
Que los rayos de la luna  
Descubrieron las adargas;  
Las adargas avisaron  
A las mudas atalayas,  
Las atalayas los fuegos,  
Los fuegos á las campanas:  
Y ellas al enamorado,

Que en los brazos de su dama  
Oyó el militar estruendo  
De las trompas y las cajas.

Espuelas de honor le pican,  
Y freno de amor le para;  
No salir es cobardía,  
Ingratitud es dejalla.

Del cuello pendiente ella,  
Viéndole tomar la espada,  
Con lágrimas y suspiros

Le dice aquestas palabras:

«Salid al campo, Señor,  
Bañen mis ojos la cama;  
Que ella me será también,  
Sin vos campo de batalla.

» Vestíos, salid apriesa,  
Que el general os aguarda,  
Yo os hago á vos mucha sobra,  
Y vos á él mucha falta.

» Bien podeis salir desnudo,  
Pues mi llanto no os ablanda,  
Que teneis de acero el pecho,  
Y no habeis menester armas.»

Viendo el español brioso  
Cuánto le detiene y habla,  
Le dice así: «Mi señora,  
Tan dulce como enojada,

» Porque con honra y amor  
Yo me quede, cumpla y vaya,  
Vaya á los moros el cuerpo,  
Y quede con vos el alma.

» Concededme, dueño mio,  
Licencia para que salga  
Al rebato en vuestro nombre,  
Y en vuestro nombre combata.»

II.

Aquel rayo de la guerra,  
Alférez mayor del reino,  
Tan galan como valiente  
Y tan noble como fiero,

De los mozos envidiado  
Y admirado de los viejos,  
Y de los niños y el vulgo  
Señalado con el dedo;

El querido de las damas  
Por cortesano y discreto,  
Hijo hasta allí regalado  
De la fortuna y el tiempo;

El que vistió las mezcuitas  
De venturosos trofeos,  
El que pobló las mazmorras  
De cristianos caballeros;

El que dos veces armado  
Más de valor que de acero,  
A su patria libertó  
De dos peligrosos cercos;

El gallardo Abenzulema  
Sale á cumplir el destierro  
A que le convida el Rey,  
O el amor, que es lo más cierto.

Servia á una mora el moro  
Por quien el Rey anda muerto,  
En todo extremo hermosa,  
Y discreta en todo extremo.

Dióle unas flores la dama,  
Que para él flores fueron,  
Y para el celoso rey

Yerbas de mortal veneno,  
Pues de la yerba tocado,  
Lo manda desterrar luego,  
Culpando su lealtad  
Para disculpar sus celos.  
Sale pues el fuerte moro  
Sobre un caballo overo,  
Que á Guadalquivir el agua  
Le bebió, y le paci6 el heno,  
Con un hermoso jaez,  
Rica labor de Marruecos,  
Las piezas de filigrana,  
La mochila de oro y negro.  
Tan gallardo iba el caballo,  
Que en grave y airoso huello  
Con ambas manos media  
Lo que hay de la cincha al suelo.  
Sobre una marlota negra  
Un blanco albornoz se ha puesto  
Por vestirse los colores  
De su inocencia y su duelo.  
Bord6 mil hierros de lanzas  
Por el capellar, y en medio  
En arábigo una letra,  
Que dice: «Estos son mis hierros.»  
Bonete lleva turquí,  
Derribado al lado izquierdo,  
Y sobre 6l tres plumas presas  
De un precioso camafeo.  
No quiso salir sin plumas,  
Porque vuelen sus deseos,  
Si quien le quita la tierra  
Tambien no le quita el viento.  
No lleva m6s de un alfanje  
Que le di6 el rey de Toledo,

Porque para un enemigo  
El le basta y su derecho.  
Desta suerte sale el moro  
Con animoso denuedo  
En medio de los alcaides  
De Arjona y de Marmolejo.  
Caballeros le acompa~an,  
Y le sigue todo el pueblo,  
Y las damas por do pasa  
Se asoman llorando á verlo.  
L6grimas vierten agora  
De sus tristes ojos bellos  
Las que desde sus balcones  
Aguas de olor le vertieron.  
La bellísima Balaja,  
Que llorosa en su aposento  
Las sinrazones del rey  
Le pagaba en sus cabellos,  
Como tanto estruendo oy6,  
A un balcon sali6 corriendo,  
Y enmudecida le dijo  
Dando voces con silencio:  
«Vete en paz, que no vas solo,  
Y en tu ausencia ten consuelo;  
Que quien te echa de Jaen  
No te echar6 de mi pecho.»  
El con el mirar responde:  
«Yo me voy y no te dejo;  
De los agravios del rey  
Para tu firmeza apelo.»  
En esto pas6 la calle,  
Los ojos atr6s volviendo  
Cien mil veces, y de And6jar  
Tom6 el camino derecho.

III.

Amarrado á un duro banco  
De una galera turquesa,  
Ambas manos en el remo  
Y ambos ojos en la tierra,  
Un forzado de Dragut  
En la playa de Marbella  
Se quejaba al ronco son  
Del remo y de la cadena:  
«¡Oh sagrado mar de España,  
Famosa playa y serena,  
Teatro donde se han hecho  
Cien mil navales tragedias!  
»Pues eres tú el mismo mar  
Que con sus crecientes besas  
Las murallas de mi patria,  
Coronadas y soberbias,  
»Traéme nuevas de mi esposa  
Y dime si han sido ciertas  
Las lágrimas y suspiros  
Que me dice por sus letras;  
»Porque si es verdad que llora  
Mi cautiverio en su arena,  
Bien puedes al mar del Sur  
Vencer en lucientes perlas.  
»Dame ya, sagrado mar,  
A mis demandas respuesta;  
Que bien puedes si es verdad  
Que las aguas tienen lenguas;  
»Pero, pues no me respondes,  
Sin duda alguna que es muerta,  
Aunque no lo debe ser,  
Pues que yo vivo en su ausencia.

»Pues he vivido diez años  
Sin libertad y sin ella,  
Siempre al remo condenado,  
A nadie matarán penas.»  
En esto se descubrieron  
De la religion seis velas,  
Y el cómitre mandó usar  
Al forzado de su fuerza.

V.

Angélica y Medoro.

En un pastoral albergue,  
Que la guerra entre unos robles  
Lo dejó por escondido  
O lo perdonó por pobre,  
Do la paz viste pellico  
Y conduce entre pastores  
Ovejas del monte al llano  
Y cabras del llano al monte,  
Mal herido y bien curado  
Se alberga un dichoso jóven,  
Que sin clavarle Amor flecha,  
Le coronó de favores.  
Las venas con poca sangre,  
Los ojos con mucha noche  
Lo halló en el campo aquella  
Vida y muerte de los hombres.  
Del palafren se derriba,  
No porque al moro conoce,  
Sino por ver que la yerba  
Tanta sangre paga en flores.  
Límpiale el rostro, y la mano  
Siente al Amor que se esconde

Tras las rosas, que la muerte  
Va violando sus colores.

Escondióse tras las rosas  
Porque labren sus arpones  
El diamante del Catay  
Con aquella sangre noble.

Ya la regala los ojos,  
Ya le entra, sin ver por dónde,  
Una piedad mal nacida  
Entre dulces escorpiones.

Ya es herido el pedernal,  
Ya despide el primer golpe  
Centellas de agua: ¡oh piedad,  
Hija de padres traidores!

Yerbas le aplica á sus llagas,  
Que si no sanan entonces,  
En virtud de tales manos  
Lisonjean los dolores.

Amor le ofrece su venda,  
Mas ella sus velos rompe  
Para ligar sus heridas;  
Los rayos del sol perdonen.

Los últimos nudos daba  
Cuando el cielo la socorre  
De un villano en una yegua  
Que iba penetrando el bosque.

Enfránale de la bella  
Las tristes piadosas voces,  
Que los firmes troncos mueven  
Y las sordas piedras oyen;

Y la que mejor se halla  
En las selvas que en la corte  
Simple bondad al pio ruego  
Cortesmente corresponde.

Humilde se apea el villano

Y sobre la yegua pone  
Un cuerpo con poca sangre,  
Pero con dos corazones.

A su cabaña los guía,  
Que el sol deja su horizonte  
Y el humo de su cabaña  
Les va sirviendo de norte.

Llegaron temprano á ella,  
Do una labradora acoge  
Un mal vivo con dos almas,  
Una ciega con dos soles.

Blando heno en vez de pluma  
Para lecho les compone,  
Que será tálamo luego  
Do el garzon sus dichas logre.

Las manos pues, cuyos dedos  
Desta vida fueron dioses,  
Restituyen á Medoro  
Salud nueva, fuerzas dobles.

Y le entregan, cuando ménos,  
Su beldad y un reino en dote,  
Segunda envidia de Marte,  
Primera dicha de Adónis.

Corona un lascivo enjambre  
De cupidillos menores  
La choza, bien como abejas  
Hueco tronco de alcornoque.

¡Qué de nudos le está dando  
A un áspid la envidia torpe,  
Contando de las palomas  
Los arrullos gemidores!

¡Qué bien la destierra Amor,  
Haciendo la cuerda azote,  
Porque el caso no se infame  
Y el lugar no se inficione!

Todo es gala el africano,  
Su vestido espira olores,  
El lunado arco suspende  
Y el corvo alfange depone.

Tórtolas enamoradas  
Son sus roncós atambores,  
Y los volantes de Vénus  
Sus bien seguidos pendones.

Desnuda el pecho anda ella  
Vuela el cabello sin órden;  
Si lo abrocha, es con claveles,  
Con jazmines si lo coge.

El pié calza en lazos de oro,  
Porque la nieve se goce,  
Y no se vaya por piés  
La hermosura del orbe.

Todo sirve á los amantes,  
Plumas les baten veloces,  
Airecillos lisonjeros,  
Si no son murmuradores.

Los campos les dan alfombras,  
Los árboles pabellones,  
La apacible fuente sueño,  
Música los ruseñores.

Los troncos les dan cortezas,  
En que se guarden sus nombres  
Mejor que en tablas de mármol  
O que en lágrimas de bronce.

No hay verde fresno sin letra  
Ni blanco chopo sin mote;  
Si un valle *Angélica* suena,  
Otro *Angélica* responde.

Cuevas do el silencio apenas  
Deja que sombras las moren,  
Profanan con sus abrazos

Apesar de sus errores.

Choza pues, tálamo y lecho,  
Contestes destes amores,  
El cielo os guarde, si puede,  
De las locuras del Conde.

VII.

A Marica.

Hermana Marica,  
Mañana, que es fiesta,  
No irás tú á la amiga  
Ni yo iré á la escuela.

Pondráste el corpiño  
Y la saya buena,  
Cabezón labrado,  
Toca y albanega;

Y á mí me pondrán  
Mi camisa nueva,  
Sayo de palmilla,  
Media de estameña;

Y si hace bueno  
Traeré la monterera  
Que me dió la Pascua  
Mi señora agüela,

Y el estadal rojo  
Con lo que le cuelga,  
Que trujo el vecino,  
Cuando fué á la feria.

Irémos á misa,  
Verémos la iglesia,  
Darános un cuarto  
Mi tia la ollera.

Compraremos dél,  
Que nadie lo sepa,

Chochos y garbanzos  
Para la merienda;  
Y en la tardecita,  
En nuestra plazuela,  
Jugaré yo al toro  
Y tú á las muñecas  
Con las dos hermanas  
Juana y Madalena,  
Y las dos primillas,  
Marica y la tuerta;  
Y si quiere madre  
Dar las castañetas,  
Podrás tanto dello  
Bailar en la puerta;  
Y al son del adufe  
Cantará Andregüela;  
«No me aprovecharon,  
Mi madre, las yerbas;»  
Y yo de papel  
Haré una librea,  
Teñida con moras  
Porque bien parezca,  
Y una caperuza  
Con muchas almenas;  
Pondré por penacho  
Las dos plumas negras  
Del rabo del gallo,  
Que acullá en la huerta  
Anaranjeamos  
Las Carnestolendas;  
Y en la caña larga  
Pondré una bandera  
Con dos borlas blancas  
En sus tranzaderas;  
Y en mi caballito

Pondré una cabeza  
De guadameci,  
Dos hilos por riendas;  
Y entraré en la calle  
Haciendo corbetas  
Yo y otros del barrio  
Que son mas de treinta.  
Jugarémos cañas  
Junto á la plazuela,  
Porque Bartolilla  
Salga acá y nos vea;  
Bartola, la hija  
De la panadera,  
La que suele darme  
Tortas con manteca,  
Porque algunas veces  
Hacemos yo y ella  
Las bellaquerías  
Detrás de la puerta.

LETRILLAS.

I.

*En el almoneda  
Ten la barba queda.*  
Mancebo orgulloso,  
Que aunque barbas peinas,  
Es tu edad tan corta  
Como tu experiencia,  
Ni en amor confies  
Ni en mujeres creas;  
Que su fé es fingida  
Y su ley es secta.  
Olvidadas quieren,

Queridas desprecian,  
Lo bueno aborrecen,  
Lo malo desean.  
Son Julio en calor,  
Octubre en tibieza,  
Febrero en mudanza  
Y Marzo en la vuelta.  
Son quien de ellas hace  
Amor almoneda;  
Con lascivo engaño  
A verlas se lleva.

*En el almoneda, etc.*

Hallarás figuras,  
En Damasco hechas,  
Quiero decir damas  
Que es un asco vellas.  
Verás trasformada  
En blanca una negra,  
Que lo que parece  
No darás por ella.  
Verás convertidas  
En rubias mil trenzas,  
Que las martirizan  
Porque se conviertan.  
Hallarás de dientes  
Algunas aceras,  
Con vecinos nuevos,  
Que el arte los puebla.  
Advertido de esto,  
Mira lo que mercas;  
Y porque despues  
No te tires de ella,

*En el almoneda, etc.*  
Doncella hallarás  
Que ya ha sido suegra,

Y con todo aqueso,  
Quiere ser doncella.  
Casada hay que libra  
En sí misma letras  
Para el mismo día  
Que á caer la llevan.  
Viudas de Siqueo  
Hay que á quien las ruega  
Solamente el sí  
Tienen de Siqueas.  
Hallarás allí  
Mil sueltas solteras,  
Que si el mal es patria,  
Son finas francesas.  
Estas y otras cosas  
Similes á estas  
Verás por el tiempo  
Que durare el verlas.

*En el almoneda*  
*Ten la barba queda.*

II.

La más bella niña  
De nuestro lugar,  
Hoy viudita y sola  
Y aver por casar,  
Viendo que sus ojos  
A la guerra van,  
A su madre dice  
Que escuche su mal:

*Dejadme llorar*  
*Orillas del mar.*

Pues me diste, madre,  
En tan tierna edad



Tan corto el placer,  
Tan largo el pesar,  
Y me cautivastes  
De quien hoy se va  
Y lleva las llaves  
De mi libertad,  
*Dejadme llorar, etc.*  
En llorar conviertan  
Mis ojos de hoy más  
El sabroso oficio  
Del dulce mirar,  
Pues que no se pueden  
Mejor ocupar,  
Yéndose á la guerra  
Quien era mi paz.  
*Dejadme llorar, etc.*  
No me pongáis freno  
Ni queráis culpar;  
Que lo uno es justo,  
Lo otro por demás.  
Si me quereis bien  
No me hagáis mal;  
Harto peor fuera  
Morir y callar.  
*Dejadme llorar, etc.*  
Dulce madre mía,  
¿Quién no llorará,  
Aunque tenga el pecho  
Como un pedernal,  
Y no dará voces  
Viendo marchitar  
Los más verdes años  
De mi mocedad?  
*Dejadme llorar, etc.*  
Váyanse las noches,

Pues ido se han  
Los ojos que hacian  
Los míos velar;  
Váyanse, y no vean  
Tanta soledad  
Después que en mi lecho  
Sobra la mitad.  
*Dejadme llorar*  
*Orillas del mar.*

III.

*Aprended, flores, de mí*  
*Lo que va de ayer á hoy,*  
*Que ayer maravilla fui,*  
*Y hoy sombra mía no soy.*  
La aurora ayer me dió cuna,  
La noche ataud me dió,  
Sin luz muriera, si no  
Me la prestara la luna,  
Pues de vosotras ninguna  
Deja de morir así.  
*Aprended, etc.*  
Consuelo dulce el clavel  
Es á la brevedad mía,  
Pues quien me concedió un día,  
Dos apenas le dió á él;  
Efímeras del vergel,  
Yo cárdena, él carmesi.  
*Aprended, etc.*  
Flor es el jazmin y bella,  
No de las más vividoras,  
Pues vive pocas más horas  
Que rayos tiene de estrella;  
Si el ámbar florece, es ella

La flor que contiene en sí.

*Aprended, etc.*

El alhelí aunque grosero,  
En fragancia y en olor,  
Más días ve que otra flor,  
Pues ve los de mayo entero;  
Morir maravilla quiero,  
Y no vivir alhelí.

*Aprended, etc.*

A ninguna flor mayores  
Términos concede el sol  
Que al sublime girasol,  
Matusalen de las flores;  
Ojos son aduladores  
Cuántas en él hojas vi.

*Aprended, flores, de mi  
Lo que va de ayer á hoy,  
Que ayer maravilla fui,  
Y hoy sombra mía no soy.*

IV.

*Dineros son calidad,*

*Verdad.*

*Más ama quien más suspira,*

*Mentira.*

Cruzados hacen cruzados,  
Escudos pintan escudos,  
Y tahures muy desnudos  
Con dados ganan condados;  
Ducados dejan ducados.  
Y coronas majestad:

*Verdad.*

Pensar que uno solo es dueño  
De puertas de muchas llaves,

Y afirmar que penas graves  
Las paga un mirar risueño,  
Y entender que no son sueños  
Las promesas de Marfira:

*Mentira.*

Todo se vende este día,  
Todo el dinero lo iguala;  
La corte vende su gala,  
La guerra su valentía;  
Hasta la sabiduría  
Vende la universidad:

*Verdad.*

No hay persona que hablar deje  
Al necesitado en plaza;  
Todo el mundo le es mordaza,  
Aunque él por señas se queje;  
Que tiene cara de hereje  
Sin fé la necesidad:

*Verdad.*

Siendo como un algodón,  
Nos jura que es como un hueso,  
Y quiere probarnos eso  
Con que es su cuello almidon,  
Goma su capote, y son  
Sus bigotes alquitira:

*Mentira.*

Cualquiera que pleitos trata,  
Aunque sean sin razón,  
Deje el río Marañón,  
Y entre en el de la Plata;  
Que hallará corriente grata  
Y puerto de claridad:

*Verdad.*

Siembra en una artesa berros  
La madre, y sus hijas todas

Son perros de muchas bodas,  
Y bodas de muchos perros;  
Y sus yernos rompen hierros,  
En la toma de Algecira:

*Mentira.*

v.

Que pretenda el mercader,  
Sin que al grande y sin que al chico  
Restituya un alfiler,  
En nombre de Dios tener  
Lo que ganó en Puerto-Rico:  
*¡Oh qué lindico!*

Que disimule nn pariente,  
Sin que á risa me provoque,  
Que en el espejo luciente  
Nunca se ha visto la frente  
Coronada de alcornoque;  
*¡Oh qué lindoque!*

Que una necia que bien charla,  
Dama entre picaza y mico,  
Me quiera obligar á amarla,  
Siendo su pico de Parla,  
Y de Jetafe su hocico:  
*¡Oh qué lindico!*

Que piense un bobalicon  
Que no hay quien su dama toque,  
Y en la casa del rincon  
Sé que la tomó un peon,  
Y que no la quiere un Roque:  
*¡Oh qué lindoque!*

Que pretenda un estudiante,  
Sin que sea galan ni rico,  
Rendir á doña Violante

Con hacer muy de lo amante,  
Sin dejar flaco el bolsillo;  
*¡Oh qué lindico!*

vi.

*Ande yo caliente,  
Y riase la gente.*

Traten otros del gobierno  
Del mundo y sus monarquías,  
Mientras gobiernan mis días  
Mantequillas y pan tierno,  
Y las mañanas de invierno  
Naranjada y aguardiente;  
*Y riase la gente.*

Coma en dorada vajilla  
El príncipe mil cuidados  
Como píldoras dorados;  
Que yo en mi pobre mesilla  
Quiero más una morcilla  
Que en el asador reviente;  
*Y riase la gente.*

Cuando cubran las montañas  
De plata y nieve el enero,  
Tenga yo lleno el brasero  
De bellotas y castañas  
Del rey que rabió me cuente;  
*Y riase la gente.*

Busque muy en hora buena  
El mercader nuevos soles;  
Yo conchas y caracoles  
Entre la menuda arena,  
Escuchando á Filomena  
Sobre el chopo de la fuente;  
*Y riase la gente.*

Pase á media noche el mar,  
Y arda en amorosa llama  
Leandro por ver su dama;  
Que yo más quiero pasar  
De Yépes á Madrigar  
La regalada corriente;  
*Y riase la gente.*

Pues amor es tan cruel,  
Que de Píramo y su amada  
Hace tálamo una espada,  
Do se junten ella y él;  
Sea mi Tisbe un pastel,  
Y la espada sea mi diente;  
*Y riase la gente.*

VII.

Un buhonero ha empleado  
En higas hoy su caudad;  
Y aunque no son de cristal,  
Todas las ha despachado.  
Para mí le he demandado  
Cuando verdades no diga

*Una higa.*

Al necio que le dan pena  
Todos los ajenos daños,  
Y aunque sea de cien años,  
Alcanza vista tan buena,  
Que ve la paja en la ajena,  
Y no en la suya dos vigas,

*Dos higas.*

Al galan que le dan jaque  
Con una dama atreguada,  
Y mas bien peloteada  
Que la Coruña del Draque

Y fiado del zumaque,  
Le desmiente dos barrigas,  
*Tres higas.*

Al marido que es ya llano,  
Sin dar un maravedí,  
Que le hinche el alholí  
Su mujer cada verano,  
Si piensa que grano á grano  
Se lo allegan las hormigas,  
*Cuatro higas.*

Al que pretende más salvas  
Y ceremonias mayores  
Que se deben por señores  
A los Infantados y Albas,  
Siendo nacido en las malvas  
Y criado en las hortigas,  
*Cinco higas.*

Al pobre pelafastan  
Que de arrogancia se paga,  
Y presenta la viznaga  
Por testigo de faisán,  
Viendo que las barbas dan  
Testimonio de las migas,  
*Seis higas.*

Al que de sedas armado,  
Tal para Cádiz camina,  
Que ninguno determina  
Si es bandera ó si es soldado,  
De su voluntad forzado,  
Llorando de sus amigas,  
*Siete higas.*

Al mozuelo que en Cambray  
En púrpura y en colores  
Quiere imitar sus mayores,  
De quien hoy memorias hay,

Que los rayos de contray  
Aforraban en lorigas,  
*Ocho higas.*  
A la viuda de Siqueo,  
Si no es ya de regadío,  
Pues calienta el lecho frio  
Con suspiros del deseo,  
Ya que son, á lo que creo.  
Por novenas sus fatigas,  
*Nueve higas.*

SONETOS

A una rosa.

Ayer naciste, y morirás mañana:  
Para tan breve sér ¿quién te dió vida?  
¡Para vivir tan poco estás lucida,  
Y para no ser nada estás lozana!  
Si te engañó tu hermosura vana  
Bien presto la verás desvanecida,  
Porque en esa hermosura está escondida  
La ocasion de morir muerte temprana,  
Cuando te corte la robusta mano,  
Ley de la agricultura permitida,  
Grosero aliento acabará tu suerte.  
No salgas que te aguarda algun tirano;  
Dilata tu nacer para tu vida,  
Que anticipas tu sér para tu muerte.

¡Cuidado!

La dulce boca que á gustar convida  
Un humor entre perlas destilado,  
Y á no invidiar aquel humor sagrado

Que á Júpiter ministra el garzon de Ida  
Amantes, no toqueis si quereis vida;  
Porque entre un lábio y otro colorado  
Amor está, de su veneno armado,  
Cual entre flor y flor sierpe escondida.  
No os engañen las rosas, que al aurora  
Direis que, aljofaradas y olorosas,  
Se le cayeron del purpúreo seno;  
Manzanas son de Tántalo, y no rosas,  
Que despues huyen del que incitan hora,  
Y solo del amor queda el veneno.

A los celos.

¡Oh niebla del estado más sereno,  
Furia infernal, serpiente mal nacida!  
Oh ponzoñosa víbora escondida  
De verde prado en oloroso seno! [neno,  
¡Oh, entre el néctar de amor mortal ve-  
Que en vaso de cristal quitas la vida!  
Oh espada sobre mí de ur pelo asida,  
De la amorosa espuela duro freno!  
Vuélvete al lugar triste donde estabas,  
¡Oh cielo, del favor verdugo eterno!  
O al reino, si allá cabes, del espanto;  
Mas no cabrás allá, que pues há tanto  
Que comes de tí mismo y no te acabas,  
Mayor debes deser que el mismo infierno.

A Guadalquivir, rio de Andalucia.

Rey de los otros rios caudaloso,  
Que en fama claro, en ondas cristalino,  
Tosca guirnalda de robusto pino,  
Ciñe tu frente y tu cabello undoso.

Pues dejando tu nido cavernoso  
De Segura en el monte más vecino,  
Por el suelo andaluz tu real camino  
Tuerces soberbio, rando y espumoso;  
A mí, que de tus fértiles orillas  
Piso, aunque ilustremente enamorado,  
La noble arena con humilde planta,  
Dime si entre las rubias pastorcillas  
Has visto que en tus aguasse han mirado  
Beldad cual la de Clori, ó gracia tanta.

A María.

Ilustre y hermosísima María,  
Mientras se dejan ver á cualquier hora  
En tus megillas la rosada aurora,  
Febo en tus ojos y en tu frente el día;  
Y mientras con gentil descortesía  
Mueve el viento la hebra voladora  
Que la Arabia en sus venas atesora  
Y el rico Tajo en sus arenas cria;  
Antes que de la edad Febo eclipsado,  
El claro día vuelva en noche oscura,  
Huya la aurora del mortal nublado;  
Antes que lo que es hoy rubio tesoro  
Venza á la blanca nieve en su blancura,  
Goza, goza el color, la luz, el oro.

A la confusion de la córte.

Grandes más que elefantes y que aba-  
Títulos liberales como rocas, [das  
Gentiles hombres solo de sus bocas,  
Ilustre cavaglier, llaves doradas;  
Hábitos, capas digo remendadas,

Damas de haz y envés, dueñas con tocas,  
Carrozas de á ocho bestias y aun son po-  
Con las que tiran y que son tiradas; [cas,  
Cata-riberas, ánimas en pena,  
Con Bártulos y Baldos la milicia,  
Y los derechos con espada y daga;  
Casas y pechos todo á la malicia,  
Lodos con perejil y yerba-buena:  
Esta es la córte; buena pro les haga.

CANCION

Corcilla temerosa,  
Cuando sacudir siente  
Al soberbio Aquilon con fuerza fiera  
La verde selva umbrosa,  
O murmurar corriente,  
Entre la yerba corre tan ligera,  
Que al viento desafía  
Su voladora planta.  
Con ligereza tanta  
Huyendo va de mí la ninfa mia,  
Encomendando al viento  
Sus rubias trenzas, mi cansado acento.  
El viento delicado  
Hace de sus cabellos  
Mil crespos nudos por la blanca espalda,  
Y habiéndose abrigado  
Lascivamente en ellos,  
A luchar baja un poco por la falda,  
Donde, no sin decoro,  
Por brújula, aunque breve,  
Muestra la blanca nieve  
Entre los lazos del coturno de oro;

Y así, en tantos enojos,  
Si trabajan los pies gozan los ojos.  
Yo pues, ciego y turbado,  
Viéndola como mide  
Con más ligeros piés el verde llano,  
Que del arco encorvado  
La saeta despide  
Del parto fiero la robusta mano;  
Y viendo que en mí mengua  
Lo que á ella le sobra,  
Pues nuevas fuerzas cobra,  
Apelo de los piés para la lengua,  
Y en alta voz le digo:  
«No huyas, ninfa, pues que no te sigo.»  
Enfrena, oh Clori, el vuelo,  
Pues ves que el rubio Apolo  
Pone ya fin á su carrera ardiente;  
Ten de tí misma duelo,  
Deponga un rato solo  
El honesto sudor tu blanca frente.  
Bastante muestra has dado  
De cruel y ligera,  
Pues en tan gran carrera  
Tu bellissimo pié nunca ha dejado  
Estampa en el arena,  
Ni en tu pecho cruel mi grave pena.  
Ejemplos mil al vivo  
De ninfas te pondria,  
Si ya la antigüedad no nos engaña,  
Por cuyo trato esquivo  
Nuevos conoce hoy dia  
Troncos el bosque y piedras la montaña;  
Mas sírvate de aviso  
En tu curso el de aquella,  
No tan cruda ni bella,

A quien ya sabes que el pastor de Anfriso  
Con pié ménos ligero  
La siguió ninfa y la alcanzó madero.  
Quédate aquí, cancion, y pon silencio  
Al fugitivo canto;  
Que razon es parar quien corrió tanto.

SOLEDADES.

Dedicatoria al excelentísimo señor duque  
de Béjar.

Pasos de un peregrino son errante  
Cuantos me dictó versos dulce musa,  
En soledad confusa  
Perdidos unos, otros inspirados.  
¡Oh tú, que de venablos impedido,  
Muros de abeto, almenas de diamante,  
Bates los montes, que de nieve armados,  
Gigantes de cristal, los teme el cielo;  
Donde el cuerno, del eco repetido  
Fieras te expone, que el teñido suelo  
Muertas, pidiendo términos disformes,  
Espumoso coral le dan al Tórmes,  
Arrima á un fresno el fresno, cuyo acero  
Sangre sudando, en tiempo hará breve  
Purpurear la nieve,  
Y en cuanto da el solícito montero,  
Al duro robre, al pino levantado,  
Emulos vividores de las peñas,  
Las formidables señas,  
Del oso que aun besaba, atravesado,  
La asta de tu luciente jabalina,  
O lo sagrado supla de la encina  
Lo augusto del dosel ó de la fuente,

La alta cenefa, lo majestuoso  
Del sitial á tu deidad debido,  
¡Oh Duque esclarecido!  
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,  
Y entregados tus miembros al reposo  
Sobre el de grama césped no desnudo,  
Déjate un rato hallar del pié acertado  
Que sus errantes pasos ha votado;  
A la real cadena de tu escudo  
Honre suave, generoso nudo,  
Libertad, de fortuna perseguida;  
Que á tu piedad Euterpe agradecida,  
Su canoro dará dulce instrumento,  
Cuando la fama no su trompa al viento.

(1)

JUAN DE JÁUREGUI

SILVA

En la espesura de un alegre soto,  
Que el Bétis baña, y de su fértil curso

(1) Hemos publicado esta dedicatoria de *Las Soledades* al Sr. Duque de Béjar, solo como una muestra del lenguaje culto que introdujo Gongora en la poesia de Castilla. Escribió nuestro poeta en este entreferado, oscuro y sutilísimo lenguaje muchas y muy largas composiciones: y aunque se lo censuraron casi todos sus contemporáneos, casi todos participaron más ó ménos de tan extraña aberracion del gusto. ¿Cómo no habia de influir en su siglo aun por sus desvarios un hombre de su talento, que cuando queria manejaba diestra y fácilmente, como nadie, la lengua castellana? Las rimas anteriormente trascritas son, creemos, una prueba del valer de nuestro hombre cuando prescindió de ese afectadísimo lenguaje, que miraba como el único digno de la oda y el canto épico. Sus letrillas, sus sonetos, sus romances, le harán siempre uno de nuestros primeros poetas.

Cobran verdor los sauces acopados,  
Donde el ocioso juvenil concurso,  
La soledad siguiendo y lo remoto,  
Logra de amor los hurtos recatados;  
Aquí prestar alivio á mis cuidados  
Pensé yo triste un día,  
Porque la ninfa mia  
Vi que, emboscada y de recelo ajena,  
Ya el cinto desceñido,  
Sus miembros despojaba del vestido.  
Dejóle al fin compuesto en el arena,  
Manifestando al cielo  
De su desnuda forma la belleza.  
Luego á las puras ondas con presteza  
La vi correr, do el cuerpo delicado  
Sintió del agua de repente el hielo,  
Y suspendió su brio,  
Viéndose en la carrera salteado  
Con líquidos aljófares del rio;  
Mas reclinóse al fin sabrosamente,  
Cubriendo de los húmedos cristales  
Toda su forma de la planta al cuello;  
Tal vez la hermosa frente  
Sola mostraba de su rostro bello;  
Tal con ligeros saltos paseaba  
La orilla, y en sus frescos arenales  
Sus tiernos miembros liberal mostraba.  
Yo, en tan alegre vista embebecido,  
Y en los tejidos ramos escondido,  
Al cielo con el alma agradecia  
Mi desigual ventura,  
Y el recatado labio no movia.  
¡Ay si mis ojos con igual cordura  
Celar pudieran sus ocultas llamas!  
Y no que, ansiosos de mirar cercano